

## ***Acoso textual: novela epistolar del ciberespacio***

*Por Alicia Ortega*

Librería Librimundi, Quito, viernes 17 de septiembre de 1999

Jesús Martín-Barbero ha señalado, en un ensayo titulado “La ciudad virtual”, que “la modernización urbana se identifica cada día más estrechamente con el *paradigma de comunicación* desde el que está siendo regulado el caos urbano. Se trata de un paradigma informacional, centrado sobre el concepto de flujo entendido como tráfico ininterrumpido, interconexión transparente y circulación constante de vehículos, personas e informaciones. La verdadera preocupación de los urbanistas no será por tanto que los ciudadanos se encuentren sino que circulen, porque ya no se los quiere reunidos sino conectados. [...] pues en la ‘sociedad de la información’ lo que interesa es la ganancia en la velocidad de circulación.”

La novela de Raúl Vallejo, *Acoso textual*, se desenvuelve precisamente en esa ciudad virtual, en la que su protagonista —un estudiante de posgrado que reside en una ciudad universitaria de los Estados Unidos— permanece largas horas, encerrado en su dormitorio, conectado a la red y en permanente diálogo con otros miembros de esa “cofradía de transeúntes” de la Net. El juego consiste en estar conectado asumiendo, para cada interlocutor, una máscara diferente, una biografía inventada; es decir, una imagen virtual sostenida únicamente en la palabra. “Después, abandonado el mundo de los seres finitos en los que rostro y máscara coinciden como si hubiesen sido calcados, en su espacio infinito de navegantes cibernéticos, le satisfacía ser una persona de múltiples rostros conectada-enchufada-enganchada-etc. a la Net y llamarse [banano@wam.umd.edu](mailto:banano@wam.umd.edu).”

Basta conectarse a la red, asumir el “juego de ser nadie y ser muchos a la vez”, para salir virtualmente de casa con un yo inventado. El cable, subterráneo, y la telefonía, aérea, se imbrican para potenciar el “viaje” como desde una cápsula cerrada. Viaje virtual que confunde la relación del ser con el mundo e instaura un nuevo régimen de relaciones interpersonales, sociales y políticas.

Salir de casa —en el sentido, digamos, tradicional o literal de la expresión— supone elegir itinerarios que articulan diariamente los diferentes aspectos de nuestra vida afectiva y laboral. Estos desplazamientos suponen, además, un manejo del tiempo y del espacio en el que ambas categorías coinciden en una combinatoria que articula vida privada y vida pública, itinerarios y memoria, elección de lugares y eso que podríamos llamar la agenda del corazón. En suma, en eso que conocemos como nuestra realidad real coinciden los sucesos, las fechas y los lugares de acontecimiento.

*Acoso textual*, en cambio, evidencia que el territorio no es necesariamente un asiento geológico, pues si hay frontera, esta se marca por la computadora. <banano> “amanece y anochece con la mirada fija en la pantalla de su ordenador, descubriendo e inventando detrás de las palabras que recibe a través del correo electrónico los rostros de aquellas y aquellos Quienes, con los que se comunica, e inventándose para cada uno

de ellos, uno propio.” En el mundo real el otro comienza junto al yo, en el ciberespacio el otro comienza en el yo. <banano> ha inventado múltiples rostros para comunicarse con esos “extraños conocidos” que solo existen en la palabra de otros rostros, probablemente, igualmente inventados.

Esas pluralidades de máscaras que navegan entre cables de teléfonos y motores de ordenadores constituyen la red. Sabemos que toda red, en principio, está destinada a la caza, a la sujeción, a la captura; sin embargo, toda red tiene orificios entre los nudos de sus hilos por donde es posible que alguna presa logre escapar. <banano> sufre precisamente esa tensión generada, por un lado, en el placer de un juego en el que la complicidad de la palabra anónima permite simular cualquier ficción imaginada y, por otro, la angustia de querer recuperar los fragmentos de su propio ser escindido y escapar a través de algún orificio de la red que él mismo ha diseñado. “En su fuero interno anhelaba —o creía anhelar— que alguien se diera cuenta efectivamente de cómo era en realidad, de cómo era la realidad.” “Para <banano>, la palabra de las madrugadas era una maldición: al comienzo había sido un juego, después un compromiso de invenciones, ahora una guerra constante en la que él se iba esparciendo, desparramando. Únicamente esperaba que, aunque la inocencia ya no fuera posible, todo volviera a ser, como en el principio, tan sólo un juego.”

Como un El, <banano> conversa con una muchacha de Barcelona, <azucena>, con quien “el rito de la seducción exige la imposible entrega total”. Como una Ella, mantiene una relación amorosa con “aquel ejecutivo de Buenos Aires que atravesaría un continente entero si se lo pidiera.” Como otro El, en cambio, “siente que se le atraganta en la garganta las confesiones de aquella arrebatada de San Antonio, Texas, lectora insaciable de chismes sobre ricos y famosos.” Como otro El había intercambiado con <pozole> “los platos de las cocinas del mundo que les gustaría probar.” Como otro Ella dialoga con <sabrina>, “amiga de juegos cerebralmente inocentes. Como otra Ella más, derrochaba con <bicho> —todólogo de Stanford— citas intelectuales en torno a la literatura y la academia.

La palabra es el verdadero escenario de la novela; la palabra escrita deviene en soporte de todas aquellas identidades virtuales que circulan, se encuentran y se cruzan en la red. La novela se abre con dos epígrafes, uno de ellos dice así: “La muerte que esperabas tú de penado,/ merecía yo por culpada si en esto que hago/ pecase mi voluntad,/ lo que cierto no es así, que más te escribo/ por redimir tu vida/ que por satisfacer tu deseo... (Carta de Laureola a Leriano) Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*).

La escritura, entonces, redime la vida del destinatario, la palabra tiene pues efectos reales, “Para esos internautas de corazón sangrante que acarician teclados de tableros lejanos, sólo es, sólo existe, cuando las palabras que escribe, desde el ordenador instalado en la pequeña habitación de estudiante de posgrado que ocupa sin compañía, aparecen en algún terminal de cualquier otra parte del planeta.”

Uno de los riesgos del ciberespacio es la pérdida del sentido, pues los límites entre lo verdadero y lo falso, entre ficción y realidad se han borrado. Las discrepancias entre la *identidad virtual* y la *identidad real* permanecen ocultas en ese juego de enmascaramientos, allí donde la palabra encubre y decide qué exhibir y qué ocultar en

el modo como los sujetos manejan la información que transmiten de sí mismos. “Mi rostro y mi cuerpo serán el resultado de lo que mis palabras describan como tales.” “Todos nosotros somos la imagen que nos construye el Otro.”

La palabra deviene en verdadera “pantalla” para encubrir la identidad, la palabra imagen es una palabra que simula y encubre en un proceso de permanente enmascaramiento. Todas las relaciones afectivas construidas entre banano y sus “extraños conocidos” se basan en la palabra, pues la escritura es el único y último vínculo que los mantiene juntos.

En esta palabra virtual el verdadero mundo espacial desaparece “Los navegantes parecían ser, por aquello, dioses mortales sin lugar ni minuto específicos, ubicados a mano en todo sitio, ubicables en cualquier momento del día; Odiseos contemporáneos que parten de casa y retornan a ella después de sortear virtualmente el infinito aunque permanecen anclados en el puerto aparentemente seguro de sus asientos.”

El ciberespacio, como mecanismo que permite la máxima articulación de mensajes, reduce las distancias, rompe con los ejes locales para inaugurar un espacio que ya no es real sino virtual. Espacio sin cuerpo, sin geografía; ahora topología espectral, fantasmal. Ya no importa el lugar donde la información es constituida, solo importa el tiempo, el instante mismo en el que ella es recibida. En este espacio virtual la distancia es cancelada y los seres se perciben en la ficción de una cercanía virtual que posibilita el ciberamor, el cibersexo. En definitiva asistimos a un nuevo registro de la percepción y de los códigos afectivos.

Las pistas del ciberespacio conducen a una pérdida de la orientación, una no situación donde el factor dominante es el tiempo global. Así reflexiona <banano>, “[...] me he venido a perder a aislar a buscar refugio en las palabras queriendo vivir a través de la sustancia que cada una de ellas encierra y me he olvidado de los actos a través de los cuales los seres entran en contacto con el mundo de la materialidad que me rodea [...].”

Definitivamente, un eje central de la novela, en términos de sentido, es el motivo de la soledad, la soledad como condición natural del ser humano. Casi podríamos afirmar que el tema de la soledad articula el universo narrativo de Raúl Vallejo. “Enfrentados a la muerte, toda ilusión de complementariedad se convierte en breve interludio ya pasado y la orfandad aparece erguida y dispuesta a enrostrarnos nuestra propia finitud inédita.”

La ficción de la palabra devela por un momento la ilusión de plenitud, de vida compartida, de esperanza gozosa, “esa necesidad de creer que la palabra desparramada tendrá algún valor cuando sea recogida.” *Acoso textual* en cierto sentido es también una novela de amor; amor virtual, amor imaginario. En suma, el amor que enfrenta a los seres finalmente consigo mismos, con sus propios relatos inventados para seducir al otro, con sus propias palabras que le devuelven la realidad vacía. “el ser humano es un manojo sorprendente de soledades y pérdidas amorosas.”, concluye banano en alguna reflexión.

Finalmente <banano> asume su muerte virtual, se desconecta y envía un mensaje final de despedida como una forma de liberación en el esfuerzo por recomponer su identidad fragmentada y diluida. “La necesidad de desconectarme del todo tiene que ver con la necesidad de reconstruirme en silencio.” La novela se cierra, sin embargo, con la promesa de la palabra, una suerte de fe en la potencia de sus efectos. “[...] en este mundo repleto de máscaras y etiquetas, las palabras y los seres que las escriben tienen todavía algún sentido que va más allá de los simulacros en escenarios cibernéticos.”

Los mensajes que intercambia <banano> con sus interlocutores contienen un conjunto de polémicas y profundas reflexiones acerca de múltiples temas: la TV y los noticieros que “lo único que transmiten es la angustia de vivir, el miedo a la calle, la desconfianza hacia el prójimo”; el amor, el deseo, los sueños desvanecidos en los escenarios de fin de siglo, la cultura popular, las ciudades literarias y reales, la literatura y el canon, Cuba, las canciones que han acompañado el transcurrir del siglo, entre otros temas.

En *Acoso textual* todos aquellos temas que han sido motivos recurrentes en la literatura aparecen, esta vez, en un escenario contemporáneo: los motivos del amor, la muerte, la identidad y la soledad del ser, la escritura, el ser en su entorno, tiempo y espacio. Todos estas preocupaciones están en referencia a un mundo que habitamos pero que ha sido modificado profundamente en sus estructuras y categorías fundamentales. Como afirma Virilio “tenemos el tiempo global, perteneciente al multimedia, al ciberespacio, increíblemente dominando la estructura del tiempo local de nuestras ciudades, de nuestras vecindades.”

En suma y para concluir, *Acoso textual* es una gran novela que soporta múltiples lecturas e interpretaciones. Excelentemente bien escrita, involucra al lector en ese juego —de seducciones encubiertas, identidades virtuales, biografías inventadas— en el que el poder y los efectos de la palabra escrita es uno de los pilares de la trama. Una novela que también podría leerse en clave epistolar, pues el lector tiene acceso a las cartas que los personajes intercambian a través del ciberespacio.